

20. Apártense

Review and Herald, 1 de febrero de 1906

Situado a la cabeza de una nación que había sido puesta como luz a las naciones circundantes, Salomón podría haber traído gran gloria al Señor del universo mediante una vida de obediencia. Pudo haber animado al pueblo de Dios a evitar los males que se practicaban en las naciones vecinas. Pudo haber usado su sabiduría divina y su poder de influencia para organizar y dirigir un gran movimiento misionero para la iluminación de aquellos que ignoraban a Dios y su verdad. Así, multitudes podrían haber sido ganadas para una lealtad al Rey de reyes.

Satanás sabía bien los resultados que produciría la obediencia, y durante los primeros años del reinado de Salomón —años gloriosos por la sabiduría, la beneficencia y la rectitud del rey—, buscó introducir influencias que socavarían insidiosamente la lealtad de Salomón a los principios y le harían apartarse de Dios. Y que el enemigo tuvo éxito en este esfuerzo, lo sabemos por el registro:

“Salomón emparentó con Faraón rey de Egipto, y tomó la hija de Faraón, y la trajo a la ciudad de David.” (1 Reyes 3: 1)

Al formar una alianza con una nación pagana y sellar el pacto mediante el matrimonio con una princesa idólatra, Salomón ignoró temerariamente las sabias provisiones que Dios había hecho para mantener la pureza de su pueblo. La esperanza de que su esposa egipcia pudiera convertirse fue solo una débil excusa para el pecado. En violación de un mandato directo de permanecer separado de otras naciones, el rey unió su fuerza al brazo de carne.

Por un tiempo, Dios, en su misericordia compasiva, anuló este terrible error. La esposa de Salomón se convirtió; y el rey,

siguiendo un curso sabio, pudo haber hecho mucho para frenar las fuerzas malignas que su imprudencia había puesto en marcha. Pero Salomón comenzó a perder de vista la Fuente de su poder y gloria. La inclinación ganó la ascendencia

sobre la razón. A medida que su autoconfianza aumentaba, procuró llevar a cabo el propósito del Señor a su manera.

Razonó que las alianzas políticas y comerciales con las naciones circundantes las llevarían al conocimiento del Dios verdadero; y así entró en alianzas impías con nación tras nación. A menudo, estas alianzas se sellaban con matrimonios con princesas paganas. Los mandamientos de Jehová fueron dejados de lado por las costumbres de las naciones vecinas.

Durante los años de apostasía de Salomón, el declive espiritual de Israel fue rápido. ¿Cómo podría haber sido de otra manera, cuando su rey se unió a agencias satánicas? A través de estas agencias, el enemigo trabajó para confundir las mentes del pueblo con respecto a la adoración verdadera y falsa. Se convirtieron en presa fácil.

Llegó a ser una práctica común el casarse con paganos. Los israelitas perdieron rápidamente su abominación a la idolatría. Se introdujeron costumbres paganas. Las madres idólatras criaron a sus hijos para que observaran ritos paganos. La fe hebrea se estaba convirtiendo rápidamente en una mezcla de ideas confusas.

El comercio con otras naciones puso a los israelitas en contacto íntimo con aquellos que no tenían amor por Dios, y su propio amor por Él disminuyó grandemente. Su agudo sentido del carácter elevado y santo de Dios se embotó. Al negarse a seguir el camino de la obediencia, transfirieron su lealtad a Satanás.

El enemigo se regocijó de su éxito al borrar la imagen divina de las mentes del pueblo que Dios había escogido como sus representantes. Mediante el matrimonio mixto con idólatras y la asociación constante con ellos, Satanás logró aquello por lo que había estado trabajando durante mucho tiempo: una apostasía nacional.

Alianzas No Bíblicas

El Señor desea que sus siervos conserven su carácter santo y peculiar.

«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Corintios 6:14)

—este es su mandamiento;

«...porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?» (2 Corintios 6:14)

«¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?» (2 Corintios 6:15)

«¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré en ellos y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.» (2 Corintios 6:16)

«Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré» (2 Corintios 6:17)

«y seré para vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.» (2 Corintios 6:18)

Nunca hubo un momento en la historia de la tierra en que esta advertencia fuera más apropiada que en el tiempo presente. Muchos cristianos profesos piensan, como Salomón, que pueden unirse con los impíos, porque su influencia sobre aquellos que están en el error será beneficiosa; pero con demasiada frecuencia ellos mismos, atrapados y vencidos, ceden su fe sagrada, sacrifican los principios y se separan de Dios. Un paso en falso lleva a otro, hasta que al fin se colocan donde no pueden esperar romper las cadenas que los atan.

Los jóvenes cristianos deben tener mucho cuidado al formar amistades y al elegir compañeros. Tomen nota, no sea que lo que ahora creen que es oro puro resulte ser metal vil. Las asociaciones mundanas tienden a interponer obstáculos en el camino de su servicio a Dios, y muchas almas son arruinadas por uniones infelices, ya sean de negocios o matrimoniales, con aquellos que nunca pueden elevar o ennoblecer.

Nunca el pueblo de Dios debe aventurarse en terreno prohibido. El matrimonio entre creyentes e incrédulos está prohibido por Dios. Pero con demasiada frecuencia el corazón inconverso sigue sus propios deseos, y se forman matrimonios no sancionados por Dios. Debido a esto, muchos hombres y mujeres están sin esperanza y sin Dios en el mundo. Sus nobles aspiraciones

están muertas; por una cadena de circunstancias están atrapados en la red de Satanás.

Aquellos que se dejan gobernar por la pasión y el impulso tendrán una amarga cosecha que recoger en esta vida, y su curso puede resultar en la pérdida de sus almas.

La Obra Institucional

Aquellos que están a cargo de las instituciones del Señor necesitan mucha de la fuerza, la gracia y el poder protector de Dios, para no caminar en contra de los principios sagrados de la verdad. Muchos, muchos son muy torpes de entendimiento con respecto a su obligación de preservar la verdad en su pureza, incontaminada por un solo vestigio de error. Su peligro reside en tener la verdad en poca estima, dejando así en las mentes la impresión de que es de poca importancia lo que creemos, si, al llevar a cabo planes de designios humanos, podemos exaltarnos ante el mundo como si tuviéramos una posición superior, como si ocupáramos el asiento más alto.

Dios busca hombres cuyos corazones sean firmes como el acero, y que se mantengan inquebrantables en integridad, impertérritos por las circunstancias. Él busca hombres que permanezcan separados de los enemigos de la verdad. Él busca hombres que no se atrevan a recurrir al brazo de carne al asociarse con mundanos para asegurar medios para avanzar su obra, incluso para la construcción de instituciones.

Salomón, por sus alianzas con incrédulos, obtuvo una abundancia de oro y plata, pero su prosperidad resultó ser su ruina. Los hombres de hoy no son más sabios que él, y son tan propensos a ceder a las influencias que causaron su caída.

Durante miles de años, Satanás ha estado adquiriendo experiencia en cómo engañar; y a quienes viven en esta era, viene con un poder casi abrumador. Nuestra única seguridad se encuentra en la obediencia a la Palabra de Dios, que nos ha sido dada como guía y consejero seguro. El pueblo de Dios hoy debe mantenerse distinto y separado del mundo, su espíritu y sus influencias.

«Salid de en medio de ellos, y apartaos.» (2 Corintios 6:17)

¿Escucharemos la voz de Dios y obedeceremos, o haremos un trabajo a medias y trataremos de servir a Dios y a Mamón? Hay un trabajo serio ante cada uno de nosotros. Los pensamientos correctos, los propósitos puros y santos, no nos vienen naturalmente. Tendremos que luchar por ellos.

En todas nuestras instituciones, nuestras casas editoriales, colegios y sanatorios, deben arraigarse principios puros y santos. Si nuestras instituciones son lo que Dios quiere que sean, quienes estén conectados con ellas no seguirán el patrón de las instituciones mundanas. Se mantendrán como peculiares, gobernadas y controladas por el estándar bíblico. No entrarán en armonía con los principios del mundo para obtener patrocinio. Ningún motivo tendrá fuerza suficiente para apartarlos de la línea recta del deber.

Aquellos que están bajo el control del Espíritu de Dios no buscarán su propio placer o diversión. Si Cristo preside en los corazones de los miembros de su iglesia, responderán al llamado,

«Salid de en medio de ellos, y apartaos.» (2 Corintios 6:17)

«No seáis partícipes de sus pecados.» (Apocalipsis 18:4)

Dios quiere que aprendamos la solemne lección de que estamos forjando nuestro propio destino. Los caracteres que formamos en esta vida deciden si estamos o no capacitados para vivir a través de las edades eternas. Nadie puede intentar con seguridad servir tanto a Dios como a Mamón.

Dios es totalmente capaz de mantenernos en el mundo, pero no del mundo. Su amor no es incierto ni fluctuante. Él siempre vela por sus hijos con un cuidado inmensurable y eterno. Pero nos exige que le demos nuestra lealtad indivisa.

«Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón.» (Mateo 6:24)

Salomón fue dotado de una sabiduría maravillosa; pero el mundo lo apartó de Dios. Necesitamos guardar nuestras almas con toda diligencia, no sea que los

afanes y las atracciones del mundo absorban el tiempo que debe dedicarse a las cosas eternas. Dios advirtió a Salomón de su peligro, y hoy nos advierte a nosotros de no poner en peligro nuestras almas por la afinidad con el mundo.

«Salid de en medio de ellos, [Él suplica,] y apartaos,...y no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré» (2 Corintios 6:17)

«Y seré para vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Dios Todopoderoso.» (2 Corintios 6:18)